

Timothy Snyder

Tierra negra

El Holocausto como historia
y advertencia

Galaxia Gutenberg



TIMOTHY SNYDER

Tierra negra

El Holocausto como historia y advertencia

Traducción de
Paula Aguiriano, Inés Clavero,
Irene Oliva y David Paradela

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Título de la edición original: *Black Earth. The Holocaust as History and Warning*
Traducción del inglés: Paula Aguiriano, Inés Clavero, Irene Oliva y David Paradela

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre 2015

© Timothy Snyder, 2015
Reservados todos los derechos
© de la traducción: Paula Aguiriano, Inés Clavero, Irene Oliva y David Paradela, 2015
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2015

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: DL B 17397-2015
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16495-02-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)



Para K. y T.

*Im Kampf zwischen Dir und der Welt,
sekundiere der Welt.*

En la lucha entre el mundo y tú,
ponte de parte del mundo.

FRANZ KAFKA, 1917
(traducción de Joan Parra)

*Ten jest z ojczyzny mojej.
Jest człowiekiem.*

Es de mi patria.
Es un ser humano.

ANTONI SŁONIMSKI, 1943

*Schwarze Milch der Frühe wir trinken sie abends
wir trinken sie mittags und morgens wir trinken sie nachts
wir trinken und trinken.*

Leche negra del alba la bebemos de tarde
la bebemos temprano y en medio del día la bebemos de noche
bebemos bebemos.

PAUL CELAN, 1944
(traducción de José Aníbal Campos)

לכל איש יש שם
שנחנו לו המזלוח
ונחנו לו שכניו

Cada hombre tiene un nombre
dado por las estrellas
dado por sus vecinos.

ZELDA MISHKOVSKI, 1974

Índice

Prólogo	15
INTRODUCCIÓN. El mundo de Hitler	19
1. Espacio vital	30
2. Berlín, Varsovia, Moscú	49
3. La promesa de Palestina	80
4. Los destructores del Estado	100
5. Doble ocupación	143
6. El mal mayor	172
7. Alemanes, polacos, soviéticos, judíos	208
8. La paradoja de Auschwitz	240
9. Soberanía y supervivencia	260
10. Los salvadores grises	286
11. Partisanos de Dios y de los hombres	310
12. Los pocos justos	337
CONCLUSIÓN. Nuestro mundo	360
Agradecimientos	387
Notas	393
Nota sobre el uso de ciertos términos	444
Archivos y abreviaturas	446
Bibliografía	448
Índice analítico	497

Prólogo

En el distrito de moda en Viena, el sexto, la historia del Holocausto está en las aceras. Delante de los edificios donde en su día vivieron y trabajaron judíos, acomodadas entre los adoquines que en su día tuvieron que fregar con las manos desnudas esos judíos, yacen pequeñas placas de metal cuadradas, con nombres, fechas de deportación y lugares de muerte.

En la mente de un adulto, las palabras y los números conectan el presente y el pasado.

La visión de un niño es distinta. Un niño parte de las cosas.

Un niño que vive en el distrito sexto observa cómo, día tras día, por la acera de enfrente de su calle, avanza una cuadrilla de obreros, edificio tras edificio. Mira cómo levantan la acera, igual que lo harían para arreglar una tubería o instalar algún cable. Una mañana, mientras espera el autobús del colegio, ve a los hombres, hoy justo al otro lado de la calle, echar a paladas y apisonar el humeante asfalto negro. Las placas conmemorativas aparecen como objetos misteriosos en manos enguantadas y reflejan un destello de sol pálido.

«*Was machen sie da, Papa?*» «¿Qué hacen, papá?» El padre del niño se queda callado. Mira hacia la calle en busca del autobús. Duda, empieza una respuesta: «*Sie bauen...*». «Construyen...» Se detiene. No es fácil. Entonces llega el autobús, que les tapa la vista, y con un resuello de aire y gasolina abre una puerta automática a otro día corriente.

Setenta y cinco años antes, en marzo de 1938, en las calles de toda Viena, había judíos limpiando la palabra «Austria» del suelo, borrando un país que dejaba de existir con la llegada de Hitler y sus ejércitos. Hoy, en esos mismos adoquines, los nombres de esos mismos judíos son un reproche para una restaurada Austria que, como la propia Europa, sigue sin estar segura de su pasado.

¿Por qué fueron perseguidos los judíos de Viena a la vez que Austria era borrada del mapa? ¿Por qué se les envió a morir asesinados en Bielorrusia, a mil kilómetros de distancia, cuando ya existía un odio patente a los judíos en la misma Austria? ¿Cómo pudo un pueblo asentado en una ciudad (un país, un continente) ver cómo de pronto se ponía un violento fin a su historia? ¿Por qué los desconocidos matan a los desconocidos? ¿Y por qué los vecinos matan a sus vecinos?

En Viena, igual que, por lo general, en las grandes ciudades de la Europa central y occidental, los judíos tenían un papel destacado en la vida urbana. En las tierras al norte, al sur y al este de Viena, en la Europa oriental, multitud de judíos llevaban más de cinco siglos habitando de forma ininterrumpida sus pueblos y ciudades. Y entonces, en menos de cinco años, más de cinco millones fueron asesinados.

Aquí la intuición nos falla. Acertamos al asociar el Holocausto con la ideología nazi, pero olvidamos que muchos de los asesinos no eran nazis o ni siquiera alemanes. Pensamos ante todo en los judíos alemanes, a pesar de que casi todos los judíos asesinados en el Holocausto vivían fuera de Alemania. Pensamos en campos de concentración, aunque pocos de los judíos asesinados llegaron a ver uno. Acusamos al Estado, aunque el asesinato sólo fuera posible una vez destruidas sus instituciones. Culpamos a la ciencia, y al hacerlo refrendamos un elemento importante de la cosmovisión de Hitler. Acusamos a las naciones y nos permitimos las simplificaciones que emplearon los propios nazis.

Recordamos a las víctimas, pero tendemos a confundir conmemoración con comprensión. El monumento conmemorativo del distrito sexto de Viena se llama Recordar para el futuro. ¿Deberíamos confiar, ahora que el Holocausto ha quedado atrás, en que un futuro reconocible nos espera? Compartimos el mundo tanto con los criminales olvidados como con las víctimas conmemoradas. El mundo está cambiando; renacen miedos muy conocidos en la época de Hitler y a los que Hitler dio respuesta. La historia del Holocausto no se ha acabado. Su precedente es eterno y la lección aún no se ha aprendido.

Una explicación didáctica de la masacre de los judíos de Europa debe ser planetaria, porque el pensamiento de Hitler era ecológico: veía a los judíos como una herida de la naturaleza. Una historia así debe ser colonial, ya que Hitler deseaba guerras de exterminio en las

tierras vecinas donde habitaran judíos. Debe ser internacional, puesto que no fueron sólo los alemanes los que asesinaron a judíos y no ocurrió sólo en Alemania, sino también en otros países. Debe ser cronológica, en el sentido de que al ascenso al poder de Hitler en Alemania, que es sólo una parte de la historia, le siguió la conquista de Austria, Checoslovaquia y Polonia, acontecimientos que reformularon la Solución Final. Debe ser política, en sentido específico, ya que la destrucción alemana de los Estados vecinos creó zonas donde, en particular en la Unión Soviética ocupada, pudieron inventarse técnicas de aniquilación. Debe ser multifocal, y proporcionar nuevas perspectivas más allá de las de los propios nazis, emplear fuentes de todos los bandos, judíos y no judíos, y de todas las zonas de la masacre. No se trata sólo de una cuestión de justicia, sino de comprensión. Un dictamen así también debe ser humano: debe registrar tanto el intento por sobrevivir como el intento por asesinar, describir tanto a los judíos que trataban de vivir como a los pocos no judíos que intentaban ayudarlos, aceptar la complejidad innata e irreductible de los individuos y las relaciones.

Una historia del Holocausto debe ser contemporánea: debe permitirnos experimentar lo que queda de la época de Hitler en nuestras mentes y en nuestras vidas. La cosmovisión de Hitler no provocó el Holocausto por sí sola, pero su coherencia oculta generó nuevos tipos de política destructiva y nuevos conocimientos sobre la capacidad humana para la masacre. La combinación exacta de ideología y circunstancias del año 1941 no volverá a producirse, pero tal vez sí algo parecido. En consecuencia, el esfuerzo por comprender el pasado pasa en parte por hacer el esfuerzo necesario para comprendernos a nosotros mismos. El Holocausto no es sólo historia, sino advertencia.

INTRODUCCIÓN

El mundo de Hitler

Nada se puede saber del futuro, pensaba Hitler, excepto los límites de nuestro planeta: «La superficie de un espacio medido con precisión». La ecología significaba escasez, y la existencia, la lucha por la tierra. La estructura inmutable de la vida residía en la división de los animales en especies, condenados a un «aislamiento interno» y a una lucha constante hasta la muerte. Hitler estaba convencido de que las razas humanas eran como las especies. Las razas superiores aún estaban evolucionando desde las inferiores, lo que significaba que la reproducción entre ellas era posible pero pecaminosa. Las razas debían comportarse como las especies: aparearse con sus semejantes y procurar la muerte a sus no semejantes. Esto, para Hitler, era una ley, la ley de la lucha racial, tan cierta como la ley de la gravedad. La lucha jamás podía acabar y su resultado era incierto. Una raza podía triunfar y prosperar, y también se podía hacer que muriera de hambre y se extinguiese.¹

En el mundo de Hitler, la ley de la selva era la única ley. Las personas debían reprimir toda tendencia a la compasión y ser todo lo codiciosas que pudieran. De este modo, Hitler rompía con las escuelas de pensamiento político que presentaban a los seres humanos diferenciándolos de la naturaleza por su capacidad de imaginar y crear nuevas formas de asociación. Partiendo de este supuesto, los pensadores políticos intentaban describir no sólo las formas de sociedad posibles, sino las más justas. Para Hitler, sin embargo, la naturaleza era la única brutal y abrumadora verdad, y toda la historia y sus intentos de pensar de otra forma eran una mera ilusión. Carl Schmitt, filósofo del derecho y prominente nazi, explicaba que la política surgía no de la historia o los conceptos, sino de nuestro sentido de enemistad. Nuestros enemigos raciales eran elegidos por la naturaleza y nuestra labor consistía en luchar, matar y morir.²

«La naturaleza —escribió Hitler— no conoce de fronteras políticas: sitúa formas de vida sobre el globo terrestre y las libera para que jue-

guen por hacerse con el poder.» Dado que la política era naturaleza, y la naturaleza era lucha, el pensamiento político era imposible. Esta conclusión es la expresión llevada al extremo del lugar común del siglo XIX que preconizaba que las actividades humanas podían entenderse como biología. En las décadas de 1880 y 1890, pensadores serios y divulgadores influidos por la idea de la selección natural de Darwin sugirieron que las viejas cuestiones sobre el pensamiento político quedaban resueltas por este gran adelanto en la zoología. Cuando Hitler era joven, la interpretación de Darwin, que presentaba la competencia como un bien para la sociedad, llegó a influir en todas las principales formas de la política. Para Herbert Spencer, el defensor británico del capitalismo, un mercado era como una ecoesfera en la que los mejores y más fuertes sobrevivían. Los beneficios que conllevaba una competencia sin trabas justificaban sus males inmediatos. Los opositores al capitalismo, los socialistas de la Segunda Internacional, también abrazaron una serie de analogías biológicas. Llegaron a ver la lucha de clases como algo «científico» y al hombre como a un animal más, en vez de como a un ser que se diferenciaba por su creatividad y por tener una esencia específicamente humana. Karl Kautsky, el teórico marxista más destacado del momento, insistía con pedantería en que las personas eran animales.³

Aun así, estos liberales y socialistas se veían constreñidos, fuesen o no conscientes de ello, por el apego a las costumbres y a las instituciones; las rutinas mentales derivadas de la experiencia social les impedían llegar a conclusiones más radicales. Estaban éticamente comprometidos con bienes como el crecimiento económico o la justicia social y les parecía atractivo o práctico imaginar que la competencia natural conllevaría dichos bienes. Hitler tituló su libro *Mein Kampf* (*Mi lucha*). Partiendo de esas dos palabras, y a lo largo de dos extensos volúmenes y dos décadas de vida política, fue narcisista hasta la saciedad, consecuente sin la más mínima piedad y eufóricamente nihilista donde otros no lo eran. El incesante conflicto de las razas no era un elemento más de la vida, sino su esencia. Afirmarlo no era construir una teoría, sino observar el universo tal y como era. La lucha era la vida, no un medio para conseguir un fin; no se justificaba por la prosperidad (capitalismo) o la justicia (socialismo) que supuestamente conllevaba. Para Hitler, la cuestión no era en absoluto que el fin deseado justificase los cruentos medios. No había fin, sólo crueldad. La raza era real, mientras que los individuos y las clases eran construcciones efímeras y erró-

neas. La lucha no era una metáfora o una analogía, sino una verdad total y tangible. Los débiles tenían que ser dominados por los fuertes, ya que «el mundo no está hecho para pueblos cobardes». Y eso era todo lo que había que saber o creer.⁴

La cosmovisión de Hitler rechazaba las tradiciones religiosas y seculares, aunque también dependía de ellas. Aunque no fuese un pensador original, aportó una solución concreta a una crisis tanto de pensamiento como de fe. Como muchos antes que él, intentó acercar el uno a la otra. Lo que tramaba, sin embargo, no era una síntesis elevada que salvase tanto al alma como a la mente, sino una colisión irresistible que destruyese a ambas. La ciencia, en teoría, validaba la lucha racial de Hitler, aunque él llamase a su objeto «el pan de cada día». Con estas palabras, evocaba uno de los textos cristianos más famosos, a la vez que alteraba profundamente su significado. «Danos hoy –piden quienes rezan el Padre Nuestro– nuestro pan de cada día.» En el universo que describe la oración, existe una metafísica, un orden más allá de este mundo, unas nociones del bien que avanzan de una esfera a otra. Quienes rezan el Padre Nuestro le piden a Dios: «Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden. Y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal». En «la lucha por las riquezas de la naturaleza» de Hitler, era pecado no acaparar todo lo que se pudiera y un crimen permitir que los demás sobrevivieran. La piedad violaba el orden de las cosas porque permitía propagarse a los débiles. Lo que los humanos tenían que hacer era rechazar los mandamientos bíblicos, afirmaba Hitler. «Si existe un mandamiento divino que pueda aceptar –escribió–, es éste: “Preservarás la especie”.»⁵

Hitler sacó partido de imágenes y tropos a los que los cristianos estaban muy acostumbrados: Dios, las oraciones, el pecado original, los mandamientos, los profetas, el pueblo elegido, el mesías; incluso la conocida estructura tripartita cristiana del tiempo: primero el paraíso, luego el éxodo y, por último, la redención.⁶ Vivimos en la inmundicia y debemos esforzarnos por purificarnos a nosotros y al mundo para que podamos regresar al paraíso. Contemplar el paraíso como la batalla de las especies en vez de como la armonía de la creación significaba aunar la añoranza cristiana con el aparente realismo de la biología. La guerra del todos contra todos no era un sinsentido aterrador, sino más bien el

único sentido que tenía el universo. La recompensa de la naturaleza era para el hombre, como en el Génesis, pero sólo para aquellos hombres que seguían la ley de la naturaleza y luchaban por ella. Así en el Génesis, como en *Mi lucha*, la naturaleza era un recurso para el hombre: pero no para todos, sólo para las razas triunfadoras. El Edén no era un jardín, sino una trinchera.

El conocimiento del cuerpo no era el problema, como en el Génesis, sino la solución.⁷ Los triunfadores debían aparearse: después del asesinato, pensaba Hitler, el siguiente deber humano era el sexo y la reproducción. Tal y como él lo concebía, el pecado original que conducía a la caída del hombre era de la mente y el alma, no del cuerpo. Para Hitler, nuestra desafortunada debilidad es que seamos capaces de pensar, que nos demos cuenta de que quienes pertenecen a otras razas también pueden hacerlo y, en consecuencia, los consideremos seres humanos como nosotros. Los humanos abandonaban el cruento paraíso de Hitler no por haber conocido la carne. Los humanos abandonaban el paraíso por haber conocido el bien y el mal.

Cuando el paraíso cae y los humanos se separan de la naturaleza, un personaje que no es ni humano ni natural, como puede ser la serpiente del Génesis, carga con la culpa. Si los humanos no eran en realidad más que un elemento de la naturaleza, y si la ciencia consideraba que ésta consistía en una cruenta lucha, algo ajeno a la naturaleza debía de haber corrompido a la especie. Para Hitler, el portador del conocimiento del bien y el mal a la Tierra, el destructor del Edén, era el judío. Era el judío el que les había contado a los humanos que estaban por encima del resto de animales y que tenían la capacidad de decidir su futuro por sí mismos. Era el judío el que había introducido la falsa distinción entre política y naturaleza, entre humanidad y lucha. El destino de Hitler, tal y como él lo veía, consistía en redimir el pecado original de la espiritualidad judía y restaurar el paraíso de la sangre. Puesto que el *Homo sapiens* sólo puede sobrevivir mediante una matanza racial incontrolada, el triunfo judío de la razón sobre el impulso significaría el fin de la especie. Lo que la raza necesitaba, según Hitler, era una «cosmovisión» que le permitiese triunfar, lo que significaba, en última instancia, «fe» en su propia misión absurda.⁸

La manera en que Hitler presentaba la amenaza judía revelaba su particular amalgama de ideas religiosas y zoológicas. Si el judío triunfa, escribió Hitler, «entonces la corona de su victoria será la corona fúnebre de la especie humana». Por un lado, la imagen de Hitler de un

universo sin seres humanos aceptaba el veredicto de la ciencia sobre un planeta antiguo en el que la humanidad había evolucionado. Tras la victoria judía, escribió, «la Tierra retomarà una vez más su camino a través del universo completamente despoblada, como ocurrió hace millones de años». Al mismo tiempo, como dejó claro en el mismo pasaje de *Mi lucha*, esa vieja Tierra de razas y exterminio era la creación de Dios. «Por lo tanto, creo actuar de acuerdo con los deseos del Creador. En la medida en que domine a los judíos, estaré defendiendo la obra del Señor.»⁹

Hitler concebía una división de la especie en razas, pero negaba que los judíos fuesen una. Los judíos no eran una raza inferior ni superior, sino una no raza o una contraraza. Las razas obedecían a la naturaleza y luchaban por la tierra y el alimento, mientras que los judíos obedecían a la extraña lógica de la «no naturaleza».¹⁰ Al negarse a darse por satisfechos con la conquista de un determinado hábitat, se resistían a los imperativos básicos de la naturaleza y convencían a otros para que actuasen de forma parecida. Insistían en dominar el conjunto del planeta y sus pueblos y, con esta finalidad, inventaban ideas generales que alejaban a las razas de la lucha natural. El planeta no tenía nada que ofrecer salvo sangre y tierra y, a pesar de ello, los judíos asombrosamente generaban conceptos que permitían ver el mundo menos como una trampa ecológica y más como un orden humano. Las ideas sobre la reciprocidad política, prácticas en las que los humanos reconocen a otros humanos como tales, procedían de los judíos.

La crítica básica de Hitler no era la habitual. Que los seres humanos eran buenos pero una civilización demasiado judía los había corrompido, sino más bien que los humanos eran animales y cualquier ejercicio de deliberación ética era en sí mismo un signo de corrupción judía. El mismo intento de establecer un ideal universal y esforzarse por alcanzarlo era precisamente lo que lo hacía detestable. Heinrich Himmler, el subordinado más importante de Hitler, no seguía todos los vericuetos de la forma de pensar de Hitler, pero captó las conclusiones: la ética como tal era el error, la única moral era la fidelidad a la raza. La participación en la masacre, mantenía Himmler, era una buena acción, ya que proporcionaba a la raza armonía interna, así como unidad con la naturaleza. La dificultad de ver, por ejemplo, miles de cadáveres judíos marcaba la trascendencia de la moral convencional. Las

constricciones temporales por el asesinato eran un sacrificio encomiable por el futuro de la raza.¹¹

Toda actitud no racista era judía, según Hitler, y toda idea universal, un mecanismo de dominio judío. Tanto el capitalismo como el comunismo eran judíos. Su supuesto abrazo de la lucha no era más que una mera tapadera para el deseo judío de dominar el mundo. Toda idea abstracta de Estado también era judía. «No existe el Estado –escribió Hitler– como fin en sí mismo.» Tal y como aclaró, «el objetivo supremo de los seres humanos» no era «la preservación de ningún Estado o gobierno dados, sino la preservación de su especie». Las fronteras de los Estados preexistentes acabarían borradas por las fuerzas de la naturaleza en el transcurso de la lucha racial: «No debemos desviarnos de las fronteras del Bien Eterno por la existencia de fronteras políticas».

Si los Estados no eran impresionantes logros humanos, sino frágiles barreras que debían ser superadas por la naturaleza, se deducía que la ley era más bien particular que general, un artefacto de superioridad racial más que una vía de igualdad. Hans Frank, abogado personal de Hitler y gobernador general de la Polonia ocupada durante la Segunda Guerra Mundial, mantenía que la ley se construía «sobre los elementos de supervivencia de nuestro pueblo alemán». Las tradiciones jurídicas basadas en elementos más allá de la raza eran «abstracciones sin sangre». La ley no tenía otro fin que la codificación de las intuiciones momentáneas de un *führer* sobre el bien de su raza. El concepto alemán de *Rechtsstaat*, un Estado que operaba bajo el imperio de la ley, no tenía fundamento. Como explicó Carl Schmitt, la ley estaba al servicio de la raza, y el Estado también lo estaba, por lo que la raza era el único concepto pertinente. La idea de un Estado que se atuviese a normas legales externas era una farsa maquinada para suprimir a los fuertes.¹²

En la medida en que las ideas universales penetraban en las mentes no judías, afirmaba Hitler, debilitaban las comunidades raciales en beneficio de los judíos. El contenido de las diversas ideas políticas no hacía al caso, ya que éstas no eran más que meras trampas para idiotas. No había liberales judíos ni nacionalistas judíos ni mesías judíos ni bolcheviques judíos: «El bolchevismo es el hijo ilegítimo del cristianismo. Ambos son invenciones de los judíos». Hitler veía a Jesús como un enemigo de los judíos cuyas enseñanzas habían sido pervertidas por Pablo para convertirse en otro falso universalismo judío: el de la piedad hacia los débiles. Desde san Pablo a León Trotski, mantenía Hitler,

no había habido más que judíos que adoptaban diversos disfraces para seducir a los ingenuos. Las ideas no tenían orígenes históricos ni vínculos con la sucesión de acontecimientos o la creatividad de los individuos. Eran meras creaciones tácticas de los judíos y, en ese sentido, eran todas iguales.¹³

De hecho, para Hitler no existía la historia humana como tal. «Todos los acontecimientos históricos mundiales –afirmaba– no son más que la expresión del impulso de autopreservación de las razas, para bien o para mal.» Lo que debía quedar grabado del pasado era el intento incesante de los judíos por deformar la estructura de la naturaleza. Esto continuaría ocurriendo mientras los judíos habitasen la Tierra. «Es el judaísmo –escribió Hitler– el que siempre destruye este orden.» Los fuertes deberían matar de hambre a los débiles, pero los judíos podían arreglar las cosas para que fuesen los débiles quienes matasen de hambre a los fuertes. No se trataba de una injusticia en el sentido normal, sino de una vulneración de la lógica del ser. En un universo deformado por las ideas judías, la lucha podía producir consecuencias impensables: no la supervivencia de los más aptos, sino su propia muerte por inanición. De esto se deducía que los alemanes siempre serían las víctimas mientras los judíos siguiesen existiendo. Como raza superior, los alemanes lo merecían casi todo y tenían casi todo que perder. El poder antinatural de los judíos «asesina el futuro».¹⁴

Aunque Hitler tratase por todos los medios de definir un mundo sin historia, sus ideas se veían alteradas por sus propias experiencias. La Primera Guerra Mundial, la más sangrienta de la historia, librada en un continente que se creía civilizado, acabó con la convicción generalizada entre muchos europeos de que los conflictos sucedían por una buena causa. Algunos europeos de la extrema derecha o de la extrema izquierda, sin embargo, extrajeron la lección contraria. El derramamiento de sangre, para ellos, no había sido lo bastante grande y el sacrificio quedaba incompleto. Para los bolcheviques del Imperio ruso, marxistas disciplinados y voluntaristas, la guerra y las energías revolucionarias que conllevaba eran la ocasión para empezar la reconstrucción socialista del mundo. Para Hitler, como para muchos otros alemanes, la guerra acabó antes de estar verdaderamente decidida, con los miembros de las razas superiores apartados del campo de batalla antes de obtener lo que merecían. Por supuesto,

el sentimiento de que Alemania debía ganar estaba extendido, no sólo entre los militaristas o los extremistas. Thomas Mann, el más grande entre los escritores alemanes y más tarde opositor de Hitler, habló del «derecho a dominar, a participar en la administración del planeta» de Alemania. Edith Stein, brillante filósofa alemana que desarrolló una teoría de la empatía, consideraba «incuestionable que ahora seremos derrotados».¹⁵ Con la llegada de Hitler al poder, fue capturada en su convento y asesinada por judía.

Para Hitler, la conclusión de la Primera Guerra Mundial vino a demostrar la perdición del planeta. Su interpretación del resultado fue más allá del nacionalismo de sus compatriotas alemanes y su respuesta a la derrota sólo se asemejó en apariencia al resentimiento general por los territorios perdidos. Para Hitler, la derrota alemana demostraba que había algo corrupto en toda la estructura del mundo; era la prueba de que los judíos habían llegado a dominar los métodos de la naturaleza. Si unos cuantos millares de judíos alemanes hubiesen sido gaseados al inicio de la guerra, mantenía, Alemania habría ganado.¹⁶ Creía que los judíos tenían la costumbre de someter a sus víctimas a la muerte por inanición y contemplaba el bloqueo naval británico a Alemania durante (y después de) la Primera Guerra Mundial como la aplicación práctica de este método. Era un ejemplo de una situación permanente y la prueba de que se avecinaba más sufrimiento. Mientras fuesen los judíos los que mataran a los alemanes de hambre y no los alemanes quienes hicieran lo propio con quien les pareciese oportuno, el mundo estaría en desequilibrio.

De la derrota de 1918 Hitler sacó conclusiones aplicables a cualquier conflicto futuro. Los alemanes siempre vencerían si los judíos no se inmiscuían. Pero puesto que los judíos dominaban todo el planeta y habían penetrado con sus ideas las mentes de los alemanes, la lucha por el poder debía tomar dos formas. Una guerra de mera conquista, por muy abrumadoramente victoriosa que fuese, jamás bastaría. Además de matar de hambre a las razas inferiores y hacerse con sus tierras, de forma simultánea los alemanes tenían que derrotar a los judíos, cuyo poder global y universalismo insidioso socavarían cualquier próspera campaña racial. Por tanto, los alemanes tenían los derechos de los fuertes contra los débiles, pero también los de los débiles contra los fuertes. En calidad de fuertes, tenían que dominar a las razas más débiles con las que se topasen; en calidad de débiles, debían liberar a todas las razas de la dominación judía. De esta forma, Hitler aunó dos

grandes fuerzas motivadoras de la política mundial de su siglo: el colonialismo y el anticolonialismo.

Hitler entendía tanto la lucha por la tierra como la lucha contra los judíos en términos drásticos y de exterminación, pero aun así establecía diferencias. La lucha contra las razas inferiores por el territorio se refería al control de partes de la superficie terrestre. La lucha contra los judíos era ecológica, ya que no incumbía a un territorio o a un enemigo racial específico, sino a las condiciones de vida en la Tierra. Los judíos eran «una plaga, una plaga espiritual, peor que la peste negra». Al luchar con ideas, su poder era omnipresente y cualquiera podía ser su cómplice, a sabiendas o no. La única forma de eliminar dicha plaga era acabar con ella de raíz. «Si la naturaleza concibió a los judíos para que fuesen la causa material del declive y la caída de las naciones –escribió Hitler–, también dotó a dichas naciones con la posibilidad de una reacción prometedora.» La eliminación tenía que ser integral: con que quedase una sola familia judía en Europa, podría llegar a infectar todo el continente.¹⁷

La caída del hombre tenía solución; el planeta tenía cura. «Un pueblo liberado de sus judíos –afirmó Hitler– retorna al orden natural de forma espontánea.»¹⁸

Las opiniones de Hitler sobre la vida humana y el orden natural eran totales y circulares. Se daba respuesta a todas las cuestiones sobre política como si fuesen cuestiones sobre la naturaleza, y a todas las cuestiones sobre la naturaleza haciendo referencia de nuevo a la política. El propio Hitler dibujó el círculo. Si la política y la naturaleza no eran fuentes de experiencia y perspectiva, sino estereotipos vacíos que existen tan sólo en relación el uno con el otro, entonces todo el poder se concentraba en manos del que hacía circular los clichés. La razón se sustituía con referencias; la argumentación, con conjuros. La «lucha», como revelaba el título del libro, era «mía»: de Hitler. La idea totalizadora de la vida como lucha depositaba en la mente de su autor todo el poder para interpretar cualquier acontecimiento.

Al equiparar la naturaleza con la política, se abolía no sólo el pensamiento político, sino también el científico. Para Hitler, la ciencia era una revelación consumada de la ley de la lucha racial, un completo evangelio del derramamiento de sangre, no un proceso de hipótesis y experimentación. Ofrecía un léxico sobre el conflicto zoológico, no una fuente de

conceptos y procedimientos que permitiesen un conocimiento cada vez mayor. Planteaba una respuesta pero ninguna pregunta. La labor del hombre era someterse a este credo, no empeñarse en imponer las engañosas ideas judías sobre la naturaleza.¹⁹ El hecho de que la cosmovisión de Hitler exigiese una única verdad circular que lo abarcase todo la hacía vulnerable al pluralismo más simple: por ejemplo, que los humanos pudiesen cambiar su entorno de forma que, a su vez, cambiase la sociedad. Si la ciencia podía modificar el ecosistema de manera que el comportamiento humano se viese alterado, todas las afirmaciones de Hitler serían infundadas. Su lógica circular, en la que la sociedad era la naturaleza porque la naturaleza era la sociedad y los hombres eran animales porque los animales eran hombres, se derrumbaría.

Hitler admitía que los científicos y especialistas tenían su finalidad dentro de la comunidad racial: fabricar armamento, desarrollar las comunicaciones, mejorar la higiene. Las razas más fuertes debían tener mejores armas, mejores radios y mejor salud, lo mejor para dominar a los más débiles. Para él, esto representaba el cumplimiento del mandato de la naturaleza, la lucha, no una violación de sus leyes. Los avances técnicos probaban la superioridad racial, no la evolución del conocimiento científico general. «Todo lo que hoy admiramos en este planeta –escribió Hitler–, la erudición y el arte, la tecnología y las invenciones, no son más que el producto creativo de unos pocos pueblos, y puede que, originariamente, de una sola raza.» Ninguna raza, por muy avanzada que fuera, podía cambiar la estructura básica de la naturaleza mediante ninguna innovación.²⁰ La naturaleza sólo tenía dos variantes: el paraíso, donde las razas superiores masacran a las inferiores, y el abismo, donde unos judíos sobrenaturales les niegan a las razas superiores la recompensa que merecen y, si pueden, los matan de hambre.

Hitler comprendió que la ciencia agrícola planteaba una amenaza particular a la lógica de su sistema. Si los humanos podían intervenir en la naturaleza para producir más alimentos sin hacerse con más tierras, todo su sistema se vendría abajo. Por lo tanto, lo que hizo fue rechazar la importancia de lo que ocurría delante de sus propios ojos, la ciencia de lo que más tarde se llamó la «revolución verde»: la hibridación de cereales, la distribución de pesticidas y fertilizantes químicos, la expansión del riego. Incluso «en el mejor de los casos», hizo hincapié, el hambre debe sobrepasar las mejoras en los cultivos. Todas las mejoras científicas tenían «un límite». De hecho, ya se habían probado todos «los métodos científicos de trabajo de la tierra» y todos habían

fracasado. No se podía imaginar ninguna mejora, presente o futura, que garantizase a los alemanes el alimento procedente «de su propia tierra y territorio». Sólo se podía salvaguardar su sustento mediante la conquista de territorios fértiles, no mediante una ciencia que hiciese más fértil su territorio. Los judíos, de forma deliberada, fomentaban lo contrario con el fin de apagar la sed alemana de conquista y preparar al pueblo alemán para la destrucción. «Siempre es el judío –escribió Hitler en relación con esto– el que intenta y logra implantar estas formas letales de pensamiento.»²¹

Hitler tenía que proteger su sistema de los descubrimientos humanos, que le suponían un problema al mismo nivel que la solidaridad humana. La ciencia no podía salvar a la especie porque, en última instancia, todas las ideas eran raciales, simples derivados estéticos de la lucha. La noción contraria, que las ideas pudiesen realmente reflejar la naturaleza o cambiarla, era una «mentira judía» y una «estafa judía». Hitler afirmaba que «el hombre jamás ha conquistado la naturaleza en ningún ámbito».²² La ciencia universal, como la política universal, debía contemplarse no como una promesa humana, sino como una amenaza judía.

El problema del mundo, tal y como lo veía Hitler, era que los judíos separaban mediante engaños la ciencia de la política y hacían falsas promesas de progreso a la humanidad. La solución que él proponía pasaba por exponerlos a la brutal realidad: que la naturaleza y la sociedad eran una sola y única cosa. Los judíos debían ser segregados y obligados a habitar territorio inhóspito y despoblado. Eran poderosos en el sentido de que su «no naturaleza» atraía a otros hacia ellos. Eran débiles por su incapacidad para hacer frente a la brutal realidad. Reasentados en algún escenario exótico, serían incapaces de manipular a otros con sus conceptos sobrenaturales y sucumbirían a la ley de la jungla. La primera obsesión de Hitler era un escenario natural extremo, «un estado anárquico en una isla». Más tarde, sus ideas se reorientaron hacia las estepas siberianas. «Le resultaba indiferente», decía, que se enviase a los judíos a un lugar o a otro.²³

En agosto de 1941, aproximadamente un mes después de que Hitler hiciese esa observación, sus hombres comenzaron a fusilar a judíos en masacres a escala de decenas de miles a la vez en medio de Europa, en un escenario que ellos mismos habían convertido en anárquico, junto a fosas cavadas en la tierra negra de Ucrania.